

ó se rompía un vaso de cristal.  
 Era una arrulladora serenata,  
 en que el ágil martillo recorría  
 una marimba hecha de vidrio y plata  
 y llena de dolor y melodía.  
 Y el valse aquel que al corazón venía  
 por los aires como una cabalgata,  
 era el mismo, era el mismo que un buen día  
 puso en mi oído una mujer ingrata.....  
 Y bajo de tal noche, estuve al lado  
 de aquella novia ..... ¡Oh pálida hermosura!  
 ¡Oh el amor de don Pedro de Alvarado  
 y de doña Beatriz la Sin Ventura!  
 ¡Oh el tiempo de Manrique, el tiempo alado  
 que en las coplas será siempre mejor!  
 ¡Oh las reminiscencias del pasado!  
 La serenata, el cántico de amor,  
 la silueta borrosa en los cristales  
 tras la mal entornada celosía,  
 el instrumento gemidor, los chales  
 de la noche embozando la armonía,  
 el silencio en que irrumpe el fino canto,  
 las nubes que simulan un entierro,  
 ora una carcajada envuelta en llanto,  
 ora el aullido lúgubre de un perro,  
 ¡todo lo que en mi espíritu palpita  
 y que, entre la afioranza de mis quejas,  
 para llegar á verso, necesita  
 metro gastado con palabras viejas.....

## DE "EL DORADO."

(EPOPEYA SALVAJE, EN PREPARACION.)



## PROLOGO INTERIOR.

---

Conozco una caverna donde hay un personaje,  
una mitad artista y otra mitad salvaje,  
que ve la vida humana como el que ve un paisaje.

Esta caverna es una caverna luminosa  
que tengo yo en el alma: cuenca de azul y rosa,  
en que cada arco-iris es una mariposa.

Y el personaje de esa caverna es un demente  
calderoniano, un nuevo Segismundo, que siente  
cómo la vida es hecha de sueños solamente;

pero él no, á la manera del super-hombre huraño,  
se resigna: él se yergue contra el brutal engaño;  
y es bravo y dice truenos .. y es fuerte y hace daño.

Una vez (era noche) penetré en el profundo  
laberinto de mi alma. Y encontré al Segismundo,  
que tenía las manos crispadas contra el mundo.

Le interrogué.—Poeta:—me dijo—los pequeños  
no saben de las garras que tienes en tus sueños,  
ni del torrente oculto que corre en tus empeños.

No te importe el zumbido con que la turba inquieta  
de insectos bulliciosos te ensordece y te reta:  
para ahuyentar leones, emboca tu trompeta.

Ya sabes tú que tienes coraza de guerrero;  
y que te dan, á modo de manoplas de acero,  
Dante su endecasílabo y su exámetro Homero.

Don Miguel de Cervantes es fuerte: con un brazo  
se abre camino. Goethe lo es también en el trazo  
de su gran vuelo. Y Hugo lo es en cada aletazo...

Shakespeare es fuerte, Milton es fuerte, Ariosto es fuerte.  
Y si buscas ejemplos para fortalecerte,  
cuenta todos los nombres que triunfan de la muerte.  
—Es verdad.

Y él:—Poeta:—Lucha con vientos y olas;  
y aíslate en la cumbre, si quieres aureolas.  
Los gorriones se agrupan, las águilas van solas...

Y yo afirmé:—No debe gustar la musa mía  
del acicalamiento ni la sabiduría.

América es mi sola fuente de poesía;

y América es pujante, montañosa y radiante:  
tal en el verso mío se incrusta el consonante  
como en sortija pétrea firmísimo diamante.

El signo de mis versos á veces es un lazo  
y á veces una honda: dibuja siempre un trazo;  
y acaba en un estrépito ó acaba en un chispazo.

O bien voy con mi lazo por pampa y por boscaje,  
persiguiendo la rima que en su molde se encaje,  
cual si fuese en la caza de un caballo salvaje;

ó bien busca la rima que el eco le responda,  
á modo de una piedra que parte de una honda  
y silba por los aires hasta caer redonda.

Y él:—Si alguien á tu lira le niega sentimiento,  
será porque su oído no merece tu acento:  
¿es lo mismo ser ave que ser río ó ser viento?

Podrá sentir el ave sus trinos. Las canciones  
de viento ó río fingen también palpitaciones,  
pero como si fuesen de muchos corazones.

Sientes, gozas y sufres de gigantescos modos,  
como selva que brota de los humanos lodos.  
¡Ellos sienten por ellos; y tú sientes por todos!

Eres tú como un río que recoge el lamento  
de las montañas. Eres tú como un vasto aliento  
que se hipcha de suspiros. Eres tú como un viento.—

Y yo temblé. En mi lira se entreabrieron los nidos  
de las estrofas. Una confusión de ruidos  
me aturdí. En mi pecho saltaban los latidos..

Y comprendí que aquello, sin duda, era la aurora:  
entraba en la caverna la luz conquistadora.

Y el personaje, entonces, me dijo:—¡Canta! Es tu hora. —

Y canté: Y de mis versos se fué formando un río  
que se desenrollaba por un bosque bravío.  
Y aquello era en el mundo de Colón, que hoy es mío.

(Mío porque lo canto como es: lúbricas zonas,  
crespos mares, picachos de nevadas coronas,  
bosques que enjugan ríos, ríos ..... ¡El Amazonas!)

El Amazonas (una salvaje ilusión) era  
el río que mis versos formaban. Se dijera  
que á veces por sus aguas pasaba una isla entera...

Y ahora, al fin, saliendo de mi bosque interior,  
canto El Dorado. Y pongo mi lira y una flor  
encima del recuerdo de su Conquistador.

No olvido los acentos del joven Segismundo  
que habita la caverna de mi alma: en ella me hundo;  
y saco esta epopeya breve del Nuevo Mundo.

Y el Gran Río, á mis ojos, se tiende entre las frondas,  
como un reptil pesado que el arenal escarba;  
y luego que se tiende, despliega ondas tras ondas,  
á manera de un viejo que acaricia su barba .....

## EL SUEÑO HEROICO.

---

Aquella vez el héroe dormía en una hamaca,  
que iba y venía como va y viene la resaca,  
con abandono lánguido y grave ondulación.  
Los párpados de seda cubrían los radiantes  
ojos como si fuesen estuches de diamantes...  
Y sólo se escuchaba latir un corazón.

Soñaba. En qué soñaba? .. Soñaba en cien mendigos,  
intensas las melenas, rasgados los abrigos  
y cóncavas las manos en muda imploración...  
A veces, por delante del grupo, un caballero  
pasaba; y, desatando su bolsa de dinero,  
lanzaba por los aires el último doblón.

A veces, por delante del grupo, una elegante  
matrona, de aire olímpico y clásico semblante,  
pasaba á la manera de una visión triunfal:  
postrados los mendigos rendíanla homenaje;  
y ella les daba el fino pañuelo de albo encaje,  
en que bordada en oro lucía su inicial.

A veces, por delante del grupo un relumbrante  
obispo, de amplia túnica y lírico talante,  
sentía que caía sobre su día el mal:  
se persignaba; y, lleno de espíritu cristiano,  
como limosna daba, con persuasiva mano  
y gesto soberano, su anillo episcopal...

Después, iban pasando magnates entre flamas  
de raso, áureos mancebos, deslumbradoras damas.  
Y regalaban todos con pródiga largueza  
al grupo mendicante. Y el oro, pieza á pieza,  
caía sobre el suelo con golpes de martillo  
y se apilaba en cuajos de alucinante brillo.

Hasta que, al fin, cubierto de límpida armadura,  
pasó un guerrero, sobria y esbelta la figura,  
impávido el semblante y adusta la mirada:  
como no hallase nada con que atender al ruego,  
detúvose un instante reflexionando; y luego,  
llegóse á los mendigos y les dejó su espada.

Y cuando los mendigos se irguieron á porfía,  
al ver que tal espada quizás les prometía  
el brillo de un gran día de ensueño y ambición,  
apareció una virgen de rubia cabellera,  
con actitud romántica y traje blanco, que era  
un rayo de sol pálido envuelto en un vellón.

Traía entre sus manos aglomeradas flores,  
de vívidos colores y exóticos olores,  
que de una selva acaso cogiendo fué al través;  
y cuando los mendigos la vieron asombrados,  
ella acercóse á ellos y los llamó soldados  
y les echó un manojo de flores á los pies....

Entonces, aquel grupo, transfiguradamente,  
cogió flores y espada; y oyó que, de repente,  
sonó en las lejanías el eco de un clarín.  
Y con aquellas flores y con aquella espada,  
al buscar rumbo en una planicie desolada,  
se fué serenamente perdiendo en el confín .....

Disipóse aquel sueño; y él gran héroe dormido  
penetró, de una fuerza misteriosa encendido,  
en la sombra profunda como un buen soñador.  
Y la sombra era á modo de una selva bravía ....  
Y abrió, entonces, los ojos; y se vió que tenía  
en la diestra una espada y en la izquierda una flor.

## LOS ARBOLES DE AMERICA.

Los árboles eran vetustos,  
los árboles eran sagrados.

Bajo su copa gozaban la siesta  
emperadores de gesto hierático,  
que, displicentes,  
con sus miradas de triste cansancio  
iban siguiendo los bailes tejidos  
por cien mujeres al són de cien cánticos.  
Bajo su copa dejaban su ropa  
muchas princesas de cuerpo bronceado,  
que sumergían sus carnes desnudas  
entre las frescas caricias del baño:  
árboles viudos,  
solos testigos de tales encantos,  
se sacudían con largos rumores.....  
pero seguían tranquilos y extáticos.  
Los árboles eran vetustos,  
los árboles eran sagrados.

En sus raíces,  
sierpes de oro trenzaban sus lazos;  
en su ramaje,  
aves de seda cantaban sus cantos;  
sobre sus flores,  
las mariposas bullían rondando;  
y, largamente,  
en su tronco áspero,

fieras en celo frotaban arqueándose  
estremecidas sus lomos elásticos .....  
Ellos sabían de todos los siglos;  
porque surgieron del bíblico charco  
y con sus hondas raíces sorbieron  
vida por muchos millares de años.....  
Los árboles eran vetustos.  
los árboles eran sagrados.

En uno de ellos,  
el Genovés ató un día sus barcos.  
En otro de ellos,  
dijo su misa primera el cristiano,  
sobre las vírgenes tierras, que vieron  
cómo encajaba la cruz en el árbol.....  
En otro de ellos,  
Conquistadores audaces cavaron  
leves piraguas, que abrieron el río  
como si abriesen la vena de un brazo:  
En otros de ellos,  
tal vez, ataron  
las flojas riendas  
de sus briosos y finos caballos;  
y de sus ramas,  
tal vez colgaron  
lonas sonantes de tiendas errantes,  
que se ahuecaban como alas de pájaro .....  
Los árboles eran vetustos,  
los árboles eran sagrados.

¡Oh cuántas veces  
se congregaron,  
bajo sus frondas, los nobles caciques  
y los antiguos plebeyos hispanos;  
y cuántas veces,  
desde una rama mecióse colgado  
frío cadáver  
de ojos saltones y músculos laxos! .....  
¡Oh cuántas veces  
ellos prestaron

ramas que, en medio de lóbregas noches,  
improvisaban hogueras de espanto,  
de que escapaban las fieras medrosas  
y á que acudían vampiros fantásticos!.....  
¡Oh cuántas veces  
eran reposo de viejos cansancios...  
¡Oh cuántas veces  
ellos sabían los sueños dorados  
de los soldados que hablaban dormidos  
y que despiertos seguían soñando!  
Los árboles eran vetustos,  
los árboles eran sagrados.

Tal se diría  
una leyenda florida de cantos,  
en que los troncos se ciñen corazas  
y los ramajes afilan sus garfios;  
y en que pelean los árboles todos,  
por un soplado de historia agitados,  
como si fuesen  
vivo retrato  
de las contiendas que, á modo de un viento,  
por las montañas un día pasaron.....  
¡Los árboles eran vetustos,  
los árboles eran sagrados !

## LOS TOROS PASAN.

---

Los toros pasan lentamente.  
los toros pasan lentamente tal como en una procesión.

Es un desfile  
de cornamentas luminosas que se armonizan bajo el Sol,  
de testas graves  
en cuyos ojos hay enigmático esplendor,  
de ancas huesudas y simétricas  
que van y vienen en un són  
y de pies recios que levantan  
un tul de polvo en derredor .....

Los toros pasan lentamente,  
los toros pasan lentamente tal como en una procesión.

Ese bronceado,  
es descendiente del raptor  
que con Europa aprisionada  
por la gran fábula pasó;  
ese otro negro,  
de mayestática expresión,  
tiene en las venas una gota de la sangre  
de Apis (la hermana del buey supo del amor);  
ese otro gris, es como  
el del extático fervor,  
que al pie de Lucas se destaca,  
dentro del grupo evangelista, con ángel, águila y león;  
y ese otro blanco,

viene por sacra sucesión.  
del que en la noche belemnita  
puso el resuello sobre la cuna de su Dios.

Los toros pasan lentamente,  
los toros pasan lentamente tal como en una procesión.

Y este desfile es un desfile  
por la llanura que chispea bajo la cólera del Sol.  
¿A dónde van los animales consagrados:  
al sacrificio en los altares de algún dios?  
¿A dónde van por la llanura  
inconcebible de largueza y extraordinaria de fulgor?

Nervioso látigo en el aire  
traza su rúbrica á manera de tempestuosa exhalación;  
y á ese chasquido, por los lomos  
rápidamente se desliza trémula arruga de pavor.  
Los toros juntan las cabezas pensativas  
y van rumiando una sospecha; pero con tal resignación,  
que, aglomerándose, parece que se dicen  
algo que tiene las dulzuras indefinibles de un adiós .....

Los toros pasan lentamente,  
los toros pasan lentamente tal como en una procesión.

Detrás del grupo de los toros,  
vendrá tal vez el español:  
antes de entrar en la aventura de las selvas,  
manda las reses que cien días repletarán el asador.  
Y en las pupilas dilatadas  
de los cornúpetos se enciende fantasmagórica visión:  
lenguas de fuego entre hojarascas,  
finos punzones que se cruzan sobre el hogar rebullidor  
carnes que chirrían y se encrespan  
y humo que sube entre las risas de la famélica legión.

¡Cómo se rózan blandamente aquellos toros  
y cómo van fraternizando dentro de un único dolor!  
¡Cómo sintiéndose escogidos,  
á veces llénanse de orgullo porque comprenden su misión!  
¡Cómo, en un rasgo de bravura,  
confunden todos sus cabezas y las levantan hacia el Sol!

Así la tarde va cundiendo:  
cuando en el fin de la llanura retiembla el último fulgor,  
los toros se hallan frente al bosque,  
mole de sombras que parecen amotinadas á una voz.  
Y ante el misterio,  
bajo el crepúsculo apacible, páranse llenos de terror;  
y, sacudiendo las cabezas,  
prorrumpen luego en un mugido que ha de salir del corazón...  
Chasquea el látigo en el aire;  
y uno tras otro, abriendo senda por la espesura á su dolor,  
los toros entran lentamente,  
los toros entran lentamente tal como en una procesión.....

## AQUELLA TARDE...

---

Aquella tarde el grupo de los Conquistadores  
volvió á encontrar la selva. Penetrantes olores  
llegaban en el viento,  
con la tibieza honda de un secular aliento..  
El Sol iba alejándose; y la tarde rojiza  
era como el ensueño de un pintor que agoniza.....

A lo lejos,  
y al adiós de los últimos reflejos,  
irradiaban las puntas de los árboles viejos:  
irradiaban pulidas y fulgentes,  
como lanzas de oro. ¿Cuáles aquellas gentes  
que blandieron acaso tan poderosas lanzas?  
Oro y sangre... Oro y sangre .. Conquistas y matanzas

Era una fantasía llena de sangre y oro.  
El Sol como uno de esos antiguos campeones  
que morían atentos á su clarín sonoro,  
sacudía su roja bandera hecha girones.

Y en la flama  
que lamía las nubes, se apuntaba el arrojito  
de cada árbol, queriendo levantar una rama  
sobre otra, hasta mostrarse completamente rojo.  
Aquel rojo era un rojo á la manera  
del que el oro en el fuego cobra desesperado;  
y así cada árbol rojo brillaba cual si fuera  
una mitad sangriento y una mitad dorado.

¿Qué chispa ingente pudo  
 inflamar todo el bosque? ¿Qué formidable gota  
 de sangre anegó toda la espesura? ¿Un membrudo  
 titán prendió su antorcha? ¿Saltó la arteria roja  
 de otro, á un golpe de lanza que no evitó el escudo?  
 En el silencio viudo  
 de esas desolaciones, cantó un ave  
 y dijo la verdad:—¡El Sol!—La nota  
 de las revelaciones cayó pausada y grave  
 en el silencio, como  
 en un paño espesísimo un goterón de plomo.  
 ¡El Sol! El Sol hacía  
 reverberar el bosque como una fantasía  
 criminal: el incendio y el oro á manos llenas  
 se exaltaban en épica apoteosis. Había  
 tanta sangre cual si una soldadesca bravía  
 se rasgase los pechos y se abriese las venas.

Ante aquel espectáculo en que moría el día,  
 los soldados envueltos en la vasta sangría  
 del Sol, que su ojo abría  
 desmesuradamente como ojo de agonía,  
 brillaban á manera de los árboles. Una  
 fulguración extraña lamía la cobruna  
 faz de los veteranos, tostada por la brisa  
 de los desiertos. Sobre las puntas de las lanzas  
 y sobre los penachos, flotaba la sonrisa  
 postrimera del Sol. Rojas matanzas  
 fingíanse en las luces de los anchos escudos.  
 Las corazas suntuosas sobre los pechos rudos  
 chispeaban como á golpes de pedernal.

Aquellos

hombres reverberaban, como si encima de ellos  
 se hubiese derramado la cornucopia de una  
 fantástica fortuna  
 ó el incensario enorme de un templo fabuloso:  
 sus figuras ingentes  
 destacábanse sobre tan solemne reposo,  
 en un grupo compacto como de ascuas vivientes.....

Y bien. Los asombrados  
 capitanes de España, los antiguos soldados  
 de cien guerras, giraban la vista á todos lados  
 y encontraban lo mismo:  
 sangre y oro, oro y sangre. ¡Oh ambición y heroísmo!  
 ¡E! Dorado! ¡El Dorado!

Fué unánime aquel fuerte  
 clamor. Todos á un tiempo gritaron de esta suerte:  
 —¡El Dorado! ¡El Dorado!

Y el eco despertado  
 en el fondo del bosque, se encrespó de repente;  
 y repitió:—¡El Dorado!

Y—¡El Dorado! ¡El Dorado!

fué de un rincón en otro sonando largamente.....

Pero ¡ay! cuando ese grito,  
 de suprema esperanza rodó por lo infinito,  
 llegó la noche; y todo fué sumiéndose en vaga  
 melancolía. Vino la sombra espesa, cuando  
 era más áureo el brillo de la ilusión aciaga.....  
 Y apenas quedó el eco del bosque resonando .....  
 Y cuanto más derroche  
 de luz hizo la tarde, más negra fué la noche.

## El rapto de las Amazonas.

---

Es una cuenca que hay en el centro de la montaña,  
á la manera de retorcida perforación.  
Cofre colchado de terciopelo verde: en su fondo  
un pozo brilla como si fuese gota de Sol.  
¿Quién en el cofre colchado puso  
aquel espejo de óvalo, lleno de relumbrante palpitación?  
Naturaleza lloró esa lágrima;  
y en un abismo como en un vaso la recogió.

La gradería de los peñascos, por entre el bosque,  
llega á ese pozo como escalera de caracol.  
De brinco, en brinco,  
sonoro grupo de cien mujeres hasta él bajó.  
Las cien dejaron las sueltas ropas en las orillas:  
túnicas, mayas, yelmos y arneses en profusión.  
Abandonaron las armas. Eran cien amazonas  
que al matutino baño acudían. Y, unas en pos  
de otras, entraban desnudamente.  
Y después, éstas se perseguían nadando á flor  
de agua; ésas iban formando coros  
que daban vueltas, como en un baile, siempre á una voz;  
y aquellas otras, que bruscamente se zambullían,  
se enderezaban y se quedaban como esculturas sin expresión...  
El regocijo de las espumas  
sobre los senos y entre los muslos, era un hervor;  
y las mujeres desnudas, altas, fornidas, recias,

se duplicaban en el espejo de relumbrante palpitación .....  
Cantos y gritos y carcajadas  
se repetían entre la cuenca. Bullía el agua. Reía el Sol.

Súbito, en lo alto,  
y al rededor  
de la ancha boca de aquel abismo,  
vibrante grupo de cien guerreros apareció.  
Las Amazonas gallardemente, con las cabezas  
hacia atrás, vieron al grupo. Unánime hubo un clamor.  
Y los guerreros precipitados  
por la granítica escalinata, bajando fueron en confusión.  
Las Amazonas salieron prestas  
del baño. (Estaba ya en las orillas el invasor.)  
Y, una tras otra, fueron rindiéndose á los abrazos  
de aquellos hombres fuertes de puños y corazón.  
Fué el raptó. Un beso  
repercutió.  
Una parvada de aves, entonces,  
púsose en fuga y en cada rama brotó una flor,  
mientras que el pozo se sonreía  
en temblorosas circunferencias de relumbrante palpitación...

## VISION DE PESADILLA.

Saltó el tigre sobre el lomo del caballo, de repente;  
y el caballo rasgó el aire con un trémulo piafido,  
retembló nerviosamente,  
arrancó de un golpe el lazo y escapó despavorido.

Fué un fantástico galope por la selva. Fué la extraña  
visión de una pavorosa pesadilla...  
Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña,  
una roja media-luna levantaba su cuchilla.

Extendida largamente la cabeza,  
desenvuelta por los aires la espesura de la cola,  
el corcel corría lleno de una trágica grandeza,  
á galope, por en medio de la selva muda y sola.

Y corría... y corría siempre como  
una sombra galopante; y en la basta noche oscura,  
iba el tigre sobre el lomo,  
recortando la silueta de su elástica figura.

Se dijera que hasta el viento  
puso, ante ese desbocado sufrimiento,  
un suspiro en cada cueva y en cada árbol un lamento;  
y el caballo, por la fiebre poseído,  
arrastraba, en la carrera de su fuga sin sentido,  
un estrépido en los cascos y en las crines un silbido...

Pero, al fin, cayó rendido;  
 y un rugido, un gran rugido  
 de alborozo envuelto en saña,  
 llenó, entonces, el espanto de esa larga pesadilla.....  
 Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña,  
 una roja media-luna levantaba su cuchilla.

## NOCHE SALVAJE.

---

Bajo la luz de la Luna  
 y en la mitad de la negra montaña,  
 bulle el tropel de soldados  
 al rededor de las ascuas,  
 que parpadean  
 en las cenizas de hoguera apagada.  
 En sus siluetas  
 bruscas y trágicas,  
 hay un misterio que aumenta el misterio  
 de la montaña.  
 Conquistadores  
 mal avenidos de tierras lejanas,  
 aventureros de noble osadía,  
 héroes henchidos de fe legendaria,  
 cuéntanse historias  
 de encantamientos y lances de audacia;  
 y los murmullos  
 de sus palabras,  
 piérdense envueltos en otros murmullos  
 de hojas que rezan y fuentes que charlan....  
 De vez en cuando,  
 entre el obscuro rumor de las pláticas,  
 brinca una copla,  
 que se retuerce convulsa y airada,  
 rememorando  
 viejos amores y tristes nostalgias ..

En las orillas  
 murmuradoras del río que pasa,  
 súbitamente  
 negra figura salpica su mancha,  
 que sobre el fondo plateado  
 con movimientos nerviosos resalta:  
 es un antílope enorme  
 de ágiles remos y testa arbolada,  
 que de repente se aploma y atisba  
 y de repente prosigue su marcha.....

Mística noche de Luna,  
 mística noche de azul y de plata.  
 Hay en la selva murmullos  
 incomprensibles y voces extrañas:  
 tal un profundo misterio  
 de religiones y cosas pasadas.....

Entre las frondas,  
 sobre las aguas,  
 á la manera de fina hilandera  
 prende la Luna sus telas de araña.  
 Suena unas veces  
 la voz perlada  
 y armoniosa  
 de ave que canta;  
 suena otras veces el roce  
 de secas hojas que bailan;  
 suena otras veces la piedra,  
 que entrechocando resbala;  
 suena otras veces el río,  
 que rebotando se escapa;  
 suena otras veces la voz cavernosa  
 con que las fieras aúllan y claman...

Oración grave!  
 Naturaleza tendida en el ara,  
 copa de estrellas  
 en que la Muerte vacía sus aguas:  
 nada hay más triste

que tu dolor de mujer solitaria,  
 nada hay más grande  
 que tu grandeza tranquila y sagrada.  
 Noche solemne  
 de las montañas:  
 ¡tú eres el manto piadoso que cubre  
 las desnudeces de todas las almas!...

## EL BAÑO DE LOS CABALLOS.

---

Diez caballos solos, libres de armaduras y de frenos,  
suelos, ágiles y airosos, en tropel llegan al vado;  
y se agolpan en la orilla, restregándose á manera  
de diez árboles mecidos por la cólera de un ábrego.  
Frótanse unos contra otros,  
con la trémula caricia que se hiciesen diez hermanos;  
y un temblor, un temblor único,  
pasa por sus diez pelajes como el roce de una mano.

Rememoran las fatigas,  
los sudores, los trabajos,  
por los duros pedregales  
y por los desiertos áridos;  
rememoran los ardores de los días fragorosos  
y la sed que como un ascua los rendía de cansancio:  
rememoran las angustias de las cuevas;  
y, olfateando  
el frescor, que en el ambiente  
pone el río al restregarse contra todos los peñascos,  
sienten un escalofrío de placer inenarrable,  
y, encrespados,  
dan al aire diez relinchos,  
que se envuelven, se confunden y se pierden resonando...

Los audaces  
en el límite del agua fijan súbitos los cascos;  
y los cascos al clavarse

suenan frescos sobre el fango,  
cual mandíbulas de monstruo  
que mastican con agrado.

Los que atrás se agrupan, piafan  
y retiemblan con la próxima alegría de un hartazgo;  
y se afinan,  
enarcando  
sus pescuezos  
largos...

Al fin todos obedientes  
á un recóndito presagio,  
precipítanse en el río  
chapoteando.

Los cristales saltan rotos  
en pedazos.

Las espumas se ensortijan  
como bucles despeinados,  
que se cifien á los muslos, se amotinan en el pecho  
y se escurren por los flancos....

Y el caudal de azules aguas,  
en el lecho del barranco,  
se conturba; pero sigue  
resbalando,  
siempre  
manso,  
suave,  
rápido...

Por el río  
pasan troncos mutilados,  
que levantan sus raíces  
cual los brazos  
retorcidos  
de los náufragos:

Pasan trozos palpitantes  
de peñascos,

cual cabezas cercenadas  
que hacia el fondo de un abismo van rodando:

Pasan flores gigantescas,  
como insignias que una mano  
prendió sobre la gran túnica del río,  
toda llena de cordones y bordados...

Pasan... pasan...  
Los caballos  
refocílanse en un colmo  
de entusiasmo,  
y relinchan,  
y dan saltos...

Aventúranse en los vórtices profundos;  
se sumergen; y, en el nado,  
no se ve sobre las aguas más que diez cabezas firmes,  
altas, recias, suspendidas con un gesto de mandato.

En los ojos de las diez cabezas brilla  
un relámpago;  
en los belfos una espuma álbortada  
pone un cuajo;  
por las crines sacudidas pasa apenas  
un sollozo de violines destemplados;  
y las veinte orejas vibran  
avispadas por el pánico...

¿Hay peligro?  
Un caimán viene avanzando...

En la seda de la vasta superficie,  
una tenue línea bulle; luego un círculo agitado;  
y, en el centro de ese círculo, se asoma  
la cabeza del anfibio, como si algo  
la sacara  
desde el fondo de un arcano...

El señor del río, el fiero  
rey de todas esas aguas, el gran ídolo sagrado  
de las viejas teogonías,  
dígñase entreabrir sus fauces con estúpido letargo.

Desparece entre las aguas  
un caballo;  
y los otros nadan... huyen... salen súbitos á tierra.

En el río, mientras tanto,  
una mancha roja brinca  
que las aguas van borrando ..

Los caballos se revuelven  
en la arena de la playa; y uno que otro mal secado  
se restriega largamente  
contra el tronco de algún árbol.

Sobre el lomo de uno de ellos  
un jinete salta. El látigo  
hace cruces; y las bestias,  
al chasquido, vuelven grupas y se alejan relinchando...

Después, nada.  
Paz. Silencio. Y el paisaje solitario  
visto como  
á través de un velo blanco.  
El crepúsculo agoniza  
frío y pálido.

Tal se pierde en los confines  
el tumulto desbocado.

Una nube  
se levanta sobre el llano;  
y se siente cómo llega, desde lejos,  
un galope resonante de caballos...

## DEDICATORIA.

A la memoria de mi glorioso  
antepasado el Gran Capitán  
D. GONZALO DE CÓRDOBA.

Hoy me he regocijado con uno de esos viejos  
volúmenes de pastas bastas y carcomidas ..  
¡Oh, leyendas heroicas, que con tibios reflejos  
doráis las memoranzas de otras mejores vidas;  
Me sois gratas acaso porque fuisteis leídas,  
por mis padres... Me encanta todo lo que está lejos...

Estos libros de ahora de extraña contextura  
lucen ante mis ojos más ágil la figura,  
pero dentro de su arte tienen un alma ambigua;  
y, así, gusto de aquellos, porque también me queda  
la afición con que vemos siempre en una moneda  
el troquel que nos habla de alguna Edad antigua ..

Plácenme las vetustas cosas por el encanto  
que tienen las que fueron Edades ya pasadas.  
¡Oh las empuñaduras de las nobles espadas!  
¡Oh las pompas reales de corona y de manto,  
los tapices borrosos, las lunas desconchadas,  
las bujías cansadas tal vez de alumbrar tanto! ..

Gusto beber mis vinos en rizados cristales,  
leer las empolvadas crónicas coloniales  
y escribir de un dudoso candil á los reflejos.  
Me enamora el prestigio de las evocaciones;  
y, así, hay siempre en el fondo de todas mis canciones  
sabor á vinos ancios y olor á infolios viejos ..

El volumen que ha hecho mi solaz es de pocas páginas: pergaminos, muy finos; escritura como sargas de insectos, con mayúsculas locas de afán que se retuercen sangrando en la blancura; y dibujos lamidos de una sabiduría que hace juego con esa rara caligrafía.

En una de las hojas, hay un letrero, escrito con mayúsculas rojas, al pie de un árbol: "Árbol de la genealogía." Y como el libro es sólo la fulgurante historia de mis antepasados, en él está la mía. ¡Qué de nombres pululan en los discos pequeños de aquel árbol! Más de uno lo conoce la gloria... Y lo que en aquel árbol estimuló mis sueños arrogantes, fué el tronco, sobre cuya corteza léese el nombre, escrito con toda gentileza, de Gonzalo de Córdoba.

¡Oh Señor de la espada!

Si sangre de tu sangre me dió Naturaleza, déjame que en tu nombre recree la mirada, de modo que leyéndolo incline la cabeza como ave que en un pozo se mira reflejada ..

Es verdad. Yo te he visto, en estas mudas horas de las meditaciones, salir de mis tinieblas. Caballero de Cristo, comandabas un grupo contra muchas legiones de moros y de herejes, que hacían una marcha llena de sobresaltos y supersticiones. Tú, ceñida en el ruido de una dura armadura, ya bajo del Sol pleno, ya bajo de la escarcha de los lucerós, ibas como una gran figura, á la cabeza siempre de aquellos españoles que sabían de todos los luceros y soles. Y tu desnuda espada, que ponía el espanto en las almas, hacía zigzags en lo profundo de las noches más negras; y su brillo era tanto que cuando el Sol nacía

y ella se desnudaba sobre la faz del mundo, no se sabía si ella ó el Sol hacía el día. (Como por tí era grande la Reina iluminada, aquel Sol de tres siglos que nunca se ponía fué una chispa tan sólo que saltó de tu espada.)

Es verdad. Yo te he visto salir de mis tinieblas. Caballero de Cristo, en las llanuras muertas bajo el sello de plomo, te erguías entre el ascua de los soles ardientes, impávido... y ponías tu mano abierta, como un árbol su follaje, sobre todas las frentes; y en las sierras nevadas, no sentías las frías tenazas ni en las carnes deshudas de tu sueño, y era de verte cuando de tu carpa risueño con el alba salías y encontrabas de pronto, tras la noche de vela, presentándote el arma y helado al centinela ..

Es verdad. Yo te he visto en estas mudas horas de las meditaciones, salir de mis tinieblas. ¡Caballero de Cristo, de las dos fortalezas y de los dos leones!

Y bien ¡hoy cuán tranquila, cuán siempre evocadora ofrécese á los ojos de mi arte, en esta hora, la ciudad de Gonzalo!

Vida de fiesta, vida de fábula y ensueño, vida que corre henchida como un río de plata por un cauce de oro, vida de mariposa, vida de meteoro, es la vida encendida del califato moro. Jardines sin confines, en donde se consume la carne de las reinas entre ondas de perfume: jardines sin confines de músicas y olores, con baños bullidores que calman los ardores de cuerpos tentadores y pájaros cantores

que dicen sus amores  
 en trinos cristalinos, y finos surtidores  
 que ríen en las tazas y juegan con las flores.

Es como un sueño el largo desfile de las sombras  
 de entonces: van califas con barbas arrogantes  
 y reinas que parecen bordadas sobre alfombras,  
 entre un raudal de potros esbeltos y piafantes  
 con líricos jinetes, que lucen relumbrantes  
 turbantes empedrados de perlas y diamantes...

Hoy solamente es Córdoba una de esas ciudades  
 en que se oye el dormido rumor de las edades.  
 Una historia hay escrita de voluptuosidades  
 en las piedras vetustas de sus clásicas moles:  
 deslumbradoras zambras, moriscas liviandades  
 y fatigadas siestas bajo lascivos soles.  
 Hoy solamente es Córdoba una de esas ciudades  
 en que se oye el dormido rumor de las edades:  
 una paz magna, un hondo cansancio, un sueño fuerte;  
 y un gran río que corre debajo de la muerte...

Yo he vivido la vida de Córdoba, de suerte  
 que, aplicando á sus piedras inmóviles y graves  
 mi oído, escucho .. escucho revoloteos de aves  
 cesáreas, broncos sonos de imperiales legiones,  
 moriscas algazaras, rugidos de leones  
 y runrunes de espuelas que pregonando van  
 el hierro en que ceñido pasa el Gran Capitán.

Señor: en esta hora de las meditaciones,  
 en que oigo los latidos de muchos corazones  
 dentro del mío y oigo la secular carrera  
 que á través de los mundos dan cien generaciones  
 para llegar á sólo mi vida pasajera;  
 en esta hora, en que, ávido, emprendo mi camino  
 interior y penetro tal vez en mi cerrado  
 corazón, como en busca del áureo vellocino

ó con mayores ansias en busca del Dorado;  
 en esta hora, surges del fondo del Destino,  
 te acercas y me dices:—Yo fuí tu antepasado!

Señor, Señor: si es cierto y aquella Edad me inspira,  
 que sus aceros choquen tu espada con mi lira;  
 y me dirás, entonces, si soy á tu mirada  
 digno de que mi lira descienda de tu espada.